

INSPECTORIA SALESIANA

"María Auxiliadora"

SEVILLA



En las primeras horas del día 5 de abril de 1975 pasó al Padre nuestro inolvidable hermano

D. JOSE FERNANDEZ ALONSO

2662
Don José Fernández Alonso, Don Pepito, así llamado familiarmente, era el más veterano de nuestra Inspectoría y uno de los hermanos más conocidos entre los salesianos de toda España; no en vano vivió casi toda su vida dedicado a los salesianos en formación.

Vio la luz en Las Rozas, provincia de Madrid, el 9 de julio de 1885; no llegó a conocer a su padre que fue militar con graduación de teniente coronel y capitán de ingenieros. Murió siendo Don José muy pequeño. Su madre murió cuando él tenía 11 años, pero la conoció siempre enferma y retirada en su habitación. Quizás esta realidad familiar dejara huellas en su personalidad mostrándose más tarde en su timidez, en su retraimiento, en su meticulosidad, en cierto «perfeccionismo» y exigencia.

Desde los primeros años vivió en Utrera hasta la entrada en la Congregación. A la muerte de su madre quedaron los cinco hermanos al cuidado de su hermana mayor, Carmen.

El siempre recordaba con cariño el bien que le habían hecho tanto los dos tutores que tuvo, como la criada que estaba con ellos. Lo consideraba como una gracia del Señor y repetía la frase que la anciana sirvienta le decía al hacerle rezar antes de acostarse: «Pepito, para las cosas de Dios cuanto más mejor», lo que él practicó hasta los últimos días.

Fue a la escuela estatal donde aprendió las primeras letras e hizo los dos primeros años del bachillerato. El 3.º y 4.º cursos los hizo como interno en nuestra casa de Utrera.

En el colegio salesiano casi todo el personal había sido enviado por Don Bosco. En este ambiente surgió la vocación salesiana de Don José, aunque ningún salesiano le hiciera la propuesta explícita de entrar en la Congregación.

Al final del cuarto curso de bachillerato fue a otro colegio particular donde hizo el 5.º curso; aunque el ambiente no era el mismo que el salesiano, sin embargo se encontró con un sacerdote, religioso exclaustado, que le hizo mucho bien.

Vuelto de nuevo al colegio salesiano, estudió la Filosofía y ese año le sirvió de aspirantado. Ya por aquel entonces leía la «Imitación de Cristo», la «Carta a Teófila» de Fray Ambrosio de Valencina y «La paz interior», obra clásica del siglo XVIII.

Recibió la sotana el 29 de septiembre de 1901, de manos de Don Pedro Ricaldone, director de las Escuelas de la Santísima Trinidad, juntamente con otros dos compañeros aspirantes de Utrera. Ese mismo día cantaba su Primera Misa el célebre Don Manuel González, después Arcipreste de Huelva, más tarde Obispo de Málaga. El predicador de esta Primera Misa, Magistral de la Catedral de Sevilla, recordó también al nuevo clérigo dedicándole algunas palabras de elogio y alabanza.

El curso 1901-1902 fue destinado a Carmona a las clases populares. «En esta casa —escribía más tarde— sentí los primeros pujos de orador, que nunca pude serlo, pues mi numerosa predicación posterior fue siempre a base de mucho trabajo y casi de memoria.»

Allí se examinó de Filosofía que ya había estudiado en Utrera. Hizo el Noviciado en el Colegio de la Santísima Trinidad en 1902-1903. Antes de la profesión recibió la Confirmación, el 29 de junio de 1902, de manos de Monseñor Spínola, que tanto cariño mostró por la Congregación. Terminado el Noviciado permaneció en la Trinidad como asistente de talleres y maestro

de algunos aspirantes. Le impresionó uno de los consejos que le dio Don Joaquín Bressán: «Ya no eres tuyo, eres de los niños».

El 18 de septiembre de 1904 hizo los votos perpetuos. En el curso 1904-1905 estudió el preparatorio en la Universidad de Granada.

Los cursos 1904-1914 los pasó en Eciija, la primera casa de aspirantado de la Inspectoría Bética de María Auxiliadora. Fueron años muy felices para él, donde mostró su capacidad de iniciativa. Comenzó a editar una hoja mural «La voz de María» que tanto éxito tuvo en el correr de los tiempos.

Estudió la teología con cierta irregularidad. De estos años es el juicio de su director: «Siendo muy conocida la piedad y el espíritu salesiano de este clérigo, huelga toda observación».

De Monseñor Enrique Almaraz recibió las distintas Ordenes Sagradas alcanzando la soñada meta del sacerdocio el 2 de junio de 1912 y cantando la Primera Misa el 6 de junio del mismo año.

El curso 1914-1915 lo pasó en San José del Valle dando clase a los filósofos. Le sirvió esta ocasión para imponerse en aquellos estudios que con tanta irregularidad había hecho.

De 1915-1927 estuvo en Montilla; cuatro años de catequista y profesor de internos, los otros ocho encargado de las clases populares externas. Fueron años muy fecundos de apostolado. Sus antiguos alumnos le recuerdan con gran afecto.

De 1927-1938 estuvo en San José del Valle, dos años dando clase a los filósofos y los nueve restantes como Maestro de Novicios. Terminado su trabajo como Maestro de Novicios fue destinado a la casa inspectorial como confesor atendiendo también a las Hijas de María Auxiliadora. En estos años editó un tratado sobre la Santa Misa en forma de catecismo.

De 1940-1956 en Carabanchel Alto (Madrid) como profesor de Moral y teología espiritual (Ascética y Mística) y confesor de los teólogos. Son célebres sus clases de Ascética y Mística, por sus orientaciones, su metodología y también por su exigencia...

Al establecerse el teologado de las Inspectorías andaluzas, en Posadas, siguió en este estudiantado.

Por entonces se tuvo que operar de cataratas perdiendo al poco tiempo la visión del ojo izquierdo. Por esta deficiencia dejó de dar las clases, pero esto no le impidió seguir trabajando en el confesionario. En 1963 se trasladó a Sanlúcar la Mayor juntamente con los teólogos. Aunque ya no podía seguir el ritmo ordinario, seguía trabajando, estudiando, leyendo.

Era muy dado a las lecturas de la «Vida interior» de Tisot; «El alma de todo apostolado» de Chautard; «La humildad» de León XIII; «Ejercicio de perfección y virtudes cristianas» del Padre Rodríguez. Lástima que Don José no se asomase más a nuestros clásicos: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz... que le hubieran dado una espiritualidad más rica y atrayente.

Si merece admiración nuestro hermano por sus 70 años largos de vida salesiana, vividos la mayor parte de ellos en casa de formación, mayor interés merece su persona como prototipo de una serie de valores cristianos, salesianos y religiosos que nos ha dejado como patrimonio constante a todos nosotros que hemos tenido la suerte de compartir parte de su existencia. Entre ellos se pueden señalar:

Una piedad profunda:

Ya desde sus primeros años brilló por su piedad, de tipo individualista si se quiere, pero que poco a poco, con el correr de los años, se fue purificando y dándole un sentido más auténtico. "Una oración humilde, ardorosa, despojada de toda ingerencia de amor propio, animada por un soberano espíritu de fe, y por lo tanto, perseverante hasta la sublime inoportunidad que nos enseñó el Señor".

Era muy sensible a la paternidad de Dios que había asimilado a través de la lectura de la Palabra de Dios y de las obras ascéticas.

La Sagrada Eucaristía se convirtió para él en cumbre y fuente de su acción diaria. Por nada del mundo dejaba la Santa Misa. El sacrificio más grande que tuvo que aceptar fue privarse de la Cena Eucarística los últimos meses de su vida, no así de la Sagrada Comunión, ya que su resistencia física no se lo permitía.

Los trabajos, las clases de Teología Moral, de Ascética y Mística, las predicaciones que durante toda su vida llevó a cabo, le facilitaron una continua unión con el Señor: "He llegado a tener un recuerdo continuo de Dios".

La Sagrada Escritura, la vida de los santos, el rezo del breviario le dieron ocasión de ir asimilando expresiones, oraciones, jaculatorias que repetía constantemente hasta momentos antes de su muerte.

Ha sido una "figura señora", "alma escogida", "alma de Dios" cuyo centro ha sido siempre el Señor.

"La figura austera y ascética de Don José Fernández ha sido siempre la misma constancia de fervor, de oración, de observancia, de sencillez y de comprensión».

La devoción a la Virgen impregnó toda su personalidad. A los 11 años se consagró totalmente a Ella y se abandonó en sus manos pidiéndole que le hiciera de madre.

Los panegíricos en las fiestas salesianas, las pláticas dominicales, los ejercicios espirituales predicados a los niños, su labor callada y constante en el confesonario donde tantos salesianos se han beneficiado de sus orientaciones, son una manifestación de esa vivencia interior, de esa intimidad con Dios, de su amor grande al Señor.

Una vida coherente:

Otro rasgo de su vida ha sido la fidelidad a la palabra dada y la coherencia con el proyecto de vida tomado en la profesión religiosa. Desde los primeros años hasta su muerte ha existido siempre una línea directriz, clara, nítida, un solo proyecto de vida, único camino que se abre y se realiza en una fidelidad auténtica: Ser un hijo fiel de Don Bosco.

Don José Fernández fue siempre un hombre coherente con sus ideas, buscando siempre la voluntad de Dios, cifrándola las más de las veces en la voluntad del superior.

Conoció personalmente a todos los sucesores de Don Bosco y con todos ellos ha mantenido correspondencia. Los apreciaba y respetaba como representantes de Dios.

Una profunda salesianidad:

Es notorio su entusiasmo por la Congregación, por los superiores, por las cosas salesianas. Vibraba de fervor y de admiración cuando oía hablar de la Congregación. El recordar el encuentro con Don Rua, con quien se confesó; el haber asistido a la beatificación de Don Bosco, le hacía, de nuevo, entusiasmarse como un niño.

El amor a la Congregación, y el deseo que todos los salesianos pudieran conocerla y amarla le llevó, en los últimos años de su vida, a organizar un equipo de salesianos de toda España para traducir las Memorias Biográficas de Don Bosco, dando ejemplo de entusiasmo por la "Santa Empresa" como gustaba llamarla. Tradujo él mismo el primer tomo e inició el cuarto que no logró terminar porque la muerte no se lo permitió. "Su traducción es precisa y preciosa...; precisa por la exactitud conceptual, preciosa por su expresión literaria plenamente castellana... y, sobre todo, por su entusiasmo".

Confeccionó las letanías en honor de San Juan Bosco en latín y en castellano, "un latín merecedor de expresivos elogios de Don Luis Ricceri". "Una idea original que sin duda contribuirá a reavivar el amor y la devoción a nuestro santo fundador". Las mandó a todos los capitulares y a las personas más queridas y allegadas a él, y, sobre todo, aquellas que se figuraba vibraban más de entusiasmo por la figura de Don Bosco.

"Sus letanías a Don Bosco están muy bien, muy bien. Pienso rezarlas todos los días y animar a otros hermanos de nuestra amada Congregación a hacer lo mismo", le escribía Monseñor Marcelino Olaechea un mes antes de su fallecimiento.

Tenía comenzado un estudio sobre la Virgen y Don Bosco en las Memorias Biográficas y se hacía ayudar por los salesianos jóvenes. No perdía un minuto de tiempo, todo lo organizaba para poder rendir más y cumplir así el consejo de Don Bosco: "Trabajo, trabajo, trabajo".

Su espíritu de pobreza:

"Vivió pobre y murió pobremente". No se permitía ninguna gratifica-

ción. Su comida, su vestido, su habitación eran testimonio fehaciente de su espíritu de pobreza.

Las cosas más ordinarias que tuvo que usar los últimos años de su vida, fueron más consecuencia de las atenciones de los salesianos que compartieron su vida que de las exigencias personales. "Quiero morir pobre como murió Don Bosco", y mandó retirar de su habitación los pocos libros que tenía y la ropa que ya no podía usar.

¿Tuvo limitaciones Don José?

Ciertamente que tuvo sus limitaciones, consecuencia de su naturaleza humana, de la situación familiar, del ambiente vivido, de las orientaciones recibidas, de su formación; él ha sido un autodidacta y no ha tenido oportunidad de hacer estudios especiales. Su misma ascética, su espiritualidad, su "santidad" no cabe duda que tiene un cuño del todo original, pero ha sido un alma de Dios, una persona coherente con sus ideas, responsable de su consagración a Dios, un salesiano de cuerpo entero. Los salesianos que tuvimos que asistirlo en los últimos momentos, realmente llegamos a la conclusión de que era un hombre de Dios.

Un salesiano que ha amado con toda su fuerza y durante toda su vida a Dios y a los hermanos.

Si al final de los tiempos nos juzgarán por el amor, en expresión de San Juan de la Cruz, el abrazo que Dios Padre le habrá dado a Don Pepito será inmenso.

Se nos fue Don José con la sencillez que había vivido la vida salesiana. Ya hacía varios meses que se sentía muy decaído. Sus fuerzas se venían abajo; aquella naturaleza que siempre se había mostrado débil no resistía más.

Intentaba hacer su vida ordinaria, hacía varios años que no bajaba a los actos de comunidad, viviendo prácticamente en su habitación donde celebraba la Eucaristía, donde trabajaba, donde leía o traducía las M. B. o dictaba sus numerosas cartas.

Se mantuvo siempre con una inteligencia clara y una memoria encantadora; no se olvidaba de una fisonomía que hubiese visto.

Un fallo de corazón apagó su existencia tranquila y serenamente, después de haber recibido los Santos Sacramentos y rodeado de los salesianos de la Comunidad, el 5 de abril de 1975, a las seis de la mañana.

El día 6 se le dio cristiana sepultura. Nos acompañaron muchos hermanos de las inspecciones de Córdoba y Sevilla.

La Misa de "Corpore Insepulto" tuvo aire pascual, de gozo, de alegría,

porque en todos nosotros existía la impresión de que Don José Fernández, Don Pepito, gozaba ya de Dios.

Descanse en paz nuestro querido hermano.

Le recordamos con cariño y rezamos por él.

*LA COMUNIDAD SALESIANA DE
SANLUCAR LA MAYOR.*

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sacerdote: José Fernández Alonso, nacido en Las Rozas, provincia de Madrid, el 9 de julio de 1885. Murió en Sanlúcar la Mayor, el 5 de abril de 1975, a los 89 años de edad; 71 años de profesión y 63 de sacerdocio.

DIREZIONE GENERALE	
OPE 1 DON BOSCO	
arriv.	6 NOV 1975 C
concl.	